

Araujo, J. (2007). 2. ¿Es compatible turismo y medio ambiente? En Afonso-Carrillo, J. (Ed.), *Reflexiones sobre una naturaleza en constante evolución*. pp. 33-46. Actas de la II Semana Científica Telesforo Bravo. Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias. ISBN: 978-84-611-8957-1.

2. ¿Es compatible turismo y medio ambiente?

Joaquín Araujo

Naturalista, periodista y escritor.

Es siempre de agradecer el salto hasta este Archipiélago, que tuve la oportunidad de calificarlo como tierra adolescente. Inmediatamente, cuando surge esa palabra, que tiene tal cantidad de resonancias, casi siempre simpáticas y tiernas, probablemente muy acariciadoras, me vienen a la mente recuerdos que me han aportado distintas obras de tipo artístico. Por una parte, este es un pequeño homenaje que quiero brindar al principio de mi intervención a esta ciudad, porque no es poco el hecho de que aquí se pusiera en marcha el primer festival de cine ecológico. No es tampoco pequeña la desgracia de que no se siga haciendo. En la película más ecológica que se ha hecho jamás en la historia del gran cine de Hollywood se brindaba por la cándida adolescencia. Me estoy refiriendo a “Memorias de África”, la película que, sin ningún tipo de explicitación, nos conduce realmente a buena parte de lo que hoy vamos a abordar.

Seguramente la mayoría de ustedes la han visto. Es una película que tiene una capacidad de atracción tan desmedida que tengo amigos que la han visto una docena de veces. Probablemente se acordarán ustedes que allí subyacía, entre los amoríos de Meryl Streep y Robert Redford, y los problemas con los que se tenían que enfrentar, lo que resultaba verdaderamente importante era la sensación de un mundo que se acababa. Ese era realmente el argumento. Se estaba acabando, no sólo el mundo de las colonias, no sólo el mundo del imperialismo europeo, sino que se estaba acabando el mundo de la naturaleza en libertad, de la belleza no limitada casi inabarcable de las vastas planicies de África. Y allí precisamente, se

brindaba por la cándida adolescencia, que evidentemente era lo que estaba englobando a los protagonistas de la película. La adolescencia de un paisaje.

Ciertamente, que yo llamara a Canarias adolescente en uno de mis escritos tenía también un poco de hedonismo. No descarto incluso que estuviera entroncado con lo que estoy ahora pensando en voz alta. Pero inmediatamente también me brota el consabido *sapore di sale* de la famosa canción italiana. De pronto, una gota de amargura viene a recordarte que las cosas son diferentes a la imaginación creadora, al entusiasmo de la contemplación de la obra de arte. Y me viene a la mente un verso de un viejo amigo poeta que está muy vinculado también a Canarias, porque ha estado aquí mucho tiempo. Leopoldo María Panero, poeta extraviado en las brumas de la locura, calificó a la adolescencia como el tiempo de la delicia y el tormento. Al mismo tiempo, donde se mezcla la delicia y el tormento. Por eso probablemente, también yo califiqué a Canarias en su momento de adolescente.

En este instante, cuando tenemos que mirar la situación que nos rodea, yo quiero lógicamente ampliar el panorama. Tengo que poner un gran angular en mis palabras para que contemplemos, desde esta colección de naufragos pétreos perdidos en el Atlántico, algo que tiene que ver absolutamente con todos. Que nadie está a salvo, ni en la adolescente Canarias, ni en ningún otro rincón del mundo. Y es que ciertamente, si hay algo de tormento, que lo hay y mucho, tiene que ver con un determinado tipo de elecciones. Con un tropiezo voluntariamente reiterado en la elección de modelos de funcionar. De uso de los recursos del territorio, que muy poco tiene que ver con lo que nos permite la vida, la continuidad de los procesos, el suministro permanente, incesante y gratuito, de casi todo lo que es crucial para la vida.

Incluso el extravío llega a tales dimensiones que una de las formas en que realmente uno siente que también zozobra el navío de la comprensión es cuando ya no sabemos lo que estamos diciendo. Utilizamos un idioma, que en teoría es el patrimonio más importante que tiene una colectividad, y con demasiada frecuencia te encuentras en las declaraciones oficiales con que el *medio ambiente* es una cosa disparatadamente distinta a lo que verdaderamente es. Y lo mismo sucede con el *turismo*, que está sujeto a una gran cantidad de manipulaciones lingüísticas, verbales, conceptuales, alejada de la inteligibilidad mínima necesaria.

Realmente el problema de divulgar hoy día, de escribir en los periódicos, de hablar en la radio, es que muchas veces hay que pasar por explicar que cuando digo *turismo* me estoy refiriendo a esto, y cuando digo *ambiente* estoy refiriéndome a aquello. Y sobre todo y fundamentalmente, cuando digo *sostenibilidad*, una palabra que hemos tomado prestada y que ya de entrada tiene bastantes fallos. Pero se ha convertido en el caso del rapto de las sabinas más espectacular de la historia del lenguaje, porque se

la han apropiado todos menos los que tienen un poco de legitimidad para usarla.

Todo el mundo quiere *sostenibilidad*, pero todo el mundo hace exactamente lo contrario de la *sostenibilidad*. Incluso a gran escala. Porque no se crean ustedes que este aldabonazo tan espectacularmente espumoso que supone que el vicepresidente del Sr. Clinton, se ponga al frente para liderar un determinado movimiento mundial contra el cambio climático, o que el actual presidente de Reino Unido muestre su acuerdo. Estas son formas de evanescente hipocresía, porque ciertamente en su vida cotidiana y con mucho poder entre las manos, no sólo hicieron todo lo contrario, sino que se negaron la posibilidad de ser consecuentes con sus planteamientos. De la misma forma que hoy el Sr. Blair es incoherente con las declaraciones que hizo la semana pasada.

En este sentido yo quiero empezar por decirles que el turismo sólo debe ser manejado, y así intentaré hacerlo a lo largo de mi intervención, como la manifestación sociológicamente más rupturista del siglo XX. La mayor novedad acontecida en los comportamientos básicos de la sociedad, pero fundamentalmente enmarcado en un planteamiento que es el puramente industrial y económico. Porque da la casualidad de que al turismo se le ha querido vestir de muchísimas sedas. Pero se ha quedado como mona, como todo lo que se pretende que sea otra cosa diferente a lo que realmente es. Al turismo se le ha llamado dinamizador de culturas, aligerador de las intransigencias y de las exclusiones. Se le llama magnífica oportunidad para el conocimiento, para la convivencia, para la tolerancia. Miren ustedes, en absoluto. Para nada de eso ha servido. Más bien ha servido para todo lo contrario, y quien ha podido ver esto un poco lo sabe perfectamente.

Con *medio ambiente* nos pasa lo mismo. Lo primero es que la forma única de entender seriamente el ambiente es que es exactamente algo que está en medio, es decir, es lo que cohesiona la totalidad de las posibilidades de lo viviente en este planeta. No es algo que pueda ser definido en una sola dirección, como lo hacen tantas y tantas veces hasta los máximos responsables en materia política de medio ambiente. El medio ambiente no es ni políticas de agua, ni políticas de territorio, ni lucha contra el cambio climático. El medio ambiente es lo que nos pega a todos los seres vivos con todo el resto de los seres vivos y con lo que hace posible a la vida. Es decir, es algo tan tremendamente complejo y difícil de entender, que verdaderamente es la primera vez que la mente humana se asoma a esta posibilidad.

Por supuesto, hay que ser modestos y a la vez que modestos honestos, de que no vamos a ser capaces de entenderlo nunca. Porque lo abarcado no puede comprender a lo que abarca, y nosotros somos una parte de lo abarcado. Y el ambiente es el todo que nos abarca a todos y cada uno

de nosotros. Y a todas y cada una de las realidades vivientes de este mundo, junto con la totalidad de los elementos básicos para la vida, los procesos, los ciclos, los flujos de materia. Es decir, todo lo que durante cuatro mil millones de años ha hecho posible esto, que tampoco llegaremos a entender nunca, que se llama vida.

Pero claro, para algo que es una actividad industrial, que es una modificación de conductas a lo largo de un brevísimo período de la historia de la humanidad (porque no se preocupen ustedes, que esto no durará muchos decenios más, como mucho tendrá un horizonte de un siglo, o de un siglo y medio), se hace obligatorio un determinado tipo de razonamiento serio y de exploración del asunto. Pero para aclararnos, si el *turismo* lo definimos como creo que hay que definirlo, no es que no sea compatible con el *medio ambiente*, es que son realidades absolutamente contrapuestas. Además, con una prodigiosa capacidad que no solamente hay que situarla en el turismo. Es la que le da la vuelta al argumento de que lo abarcado no puede abarcar a lo que le abarca. Curiosamente, esa realidad científica, intelectual, filosófica, y si quieren ustedes hasta religiosa, resulta que, como sucede con el turismo, como sucede con la actividad humana, tiene la capacidad de destruir a lo abarcador. Puede llevarse por delante la totalidad de la vida siendo una parte de la ella.

En estos momentos, una de las grandes certezas intelectuales, una de las grandes certezas científicas, es saber que podemos hacerlo y que lo estamos haciendo. Así, el verdadero valor de las declaraciones del Sr. Al Gore y del Sr. Blair, secundadas incluso por nuestro presidente del gobierno, que es por otra parte el que más conciencia ecológica ha tenido de todos los presidentes de gobierno, y no quiero decir con esto que vaya mañana corriendo a votarle porque soy independiente políticamente hablando, está en esto. El verdadero valor de esas declaraciones está en reconocer lo que acabo de decir, que se están alterando los funcionamientos básicos, las estructuras, los procesos dinámicos que permiten la vida en este mundo.

Por eso resulta lo que tantas veces podemos encontrar cuando se tienen unos pocos años. Uno se asoma a las ventanas, y realmente si tenemos un poco de memoria, aparte de sensibilidad, reconocemos que muchos, muchísimos lugares que tenían la posibilidad de ser completos, hospitalarios, dinámicos, han desaparecido. Han sido borrados del territorio totalmente por las características del propio funcionamiento turístico. En este sentido, es en el que probablemente no soy demasiado partidario de las cifras.

Así, puedo abrir un paréntesis para contar la anécdota de la regañina que me cayó por varios oyentes de la radio cuando yo el domingo pasado dije que a mí no me hacía ninguna ilusión nada que mida a nada. Era una tertulia sobre los espectadores, y dije que el día que nos inventamos la

medición del tiempo seguramente hicimos una de las peores cosas contra nosotros mismos de la historia de la humanidad. Aunque la ciencia se basa en las mediciones, y aunque admiro mucho a la ciencia, y desde luego he aprendido muchas cosas, sé perfectamente que se nos cuele la parte del tormento con tanta medición y tanta cuantificación. Pero aún así, quería recordarles sencillamente media docena de cifras sobre las cuentas ocultas del turismo, porque las reconocidas supongo que no hace falta ponerlas encima del papel. Las reconocidas son que supone algo más de un once por ciento del PIB, que vienen cincuenta y cinco millones de turistas, que dejan no sé cuantos miles de millones de euros, y que del turismo viven aproximadamente dos millones y medio de personas. Esas cuentas están ahí, son claras, son indiscutibles.

Pero son unas cuentas tramposas. Son cuentas que en absoluto están reflejando lo que sucede en la realidad. Les diré, y esta es una de las grandes novedades del pensamiento ecológico a lo largo de la historia de las ideas, y hasta de los planteamientos de los mismos economistas, que de pronto nos damos cuenta que las cuentas estaban mal hechas. Se estaba dejando fuera todo lo que son restas, todo lo que son posibilidades de que las cosas hubieran sido de otra forma o de que los elementos básicos de partida, fundamentalmente el territorio, hubiera tomado una dirección diferente.

Entre las cuentas ocultas del turismo, lo primero a destacar es que es francamente ridículo el dinero que deja. Es la primera industria del país, pero la primera valoración que hay que hacer sobre el turismo es que es la cosa más tacaña que se pueda uno echar a la cara. Porque es miserable el dinero que deja cada turista en este país. Además no lo deja, sino que se quedan bastantes flecos por el camino y hay mucho reflujó. Con el turismo nos pasa un poco como con el antiguo ICI. Saben ustedes que el Instituto de Cooperación Iberoamericana daba muchos miles de millones para la cooperación, pero más de la mitad volvían a España en el bolsillo de las personas que habían ido a prestar la colaboración a América. No, mire usted, no me diga que de los cinco mil millones, dos mil quinientos millones vuelven a España en el bolsillo de más o menos insignes planificadores, conferenciantes, científicos e incluso solidarios de las más que respetuosas ONGs. Es que están muy mal hechas las cuentas. Los miserables 870 euros por turista y año, aparte de que son menos de la mitad de lo que realmente gasta, resulta lamentable que sea sólo eso lo que deja cada uno desde un punto de vista estrictamente monetarista. Además, por supuesto, el menos importante. Eso es lo primero.

Pero resulta que dentro de los mecanismos con los que funciona una persona que psicológicamente piensa cómo estar en un lugar, es que se plantea no plantearse nada. Viene de vacaciones y lo que pase detrás de él, lo que deje su huella, no le preocupa. Es la famosa huella ecológica, que

afortunadamente empieza a sopesarse en los últimos tiempos. Por ejemplo, ahora que en este país ha salido a debate el tema del agua, y ya saben la que se ha liado, imaginen una discusión sobre el gasto de agua por turista y día.

Me encantaría poderme extender en esto, porque también demuestra lo tremendamente tormentoso y atormentadores que son los medios de comunicación. Están hablando de 60 litros por persona y día, cuando ahora mismo cada habitante de este país gasta 167 litros por persona y día. Realmente el turista gasta 300 litros, casi el doble de la media de gasto de una persona. Y atención, lo que consume hoy de media un español también es el doble, como mínimo, de lo que debería gastar. Con lo cual, si nos planteáramos un uso sostenible del agua, es decir, unos mínimos de racionalidad con el agua que es probablemente la columna vertebral de todos los sistemas vitales, el turismo resulta disparatado, agresivo, y excluyente con las tramas que permiten la existencia de todo lo palpitante. Pero, ¿por qué gasta trescientos litros? Sencillamente porque considera que paga y tiene el derecho ilimitado a ese gasto. Por supuesto que hay excepciones. No nos olvidemos que también vienen muchos turistas concienciados con el uso del agua.

Pero lo mismo sucede con los otros grandes elementos. La producción de residuos del turismo casi es el doble de la producción de residuos de cualquier habitante fijo, de cualquier lugareño. Con la energía sucede exactamente lo mismo que con el agua, casi gastan el doble de energía. Aquí entramos en un gran tema de actualidad. Por fin parece que estamos desvelando el cortinaje que nos está mostrando algo que llevamos diciendo muchos durante veintitantos años, y que parece que ya es oficial. Estamos haciendo tambalearse al clima y con el clima a la totalidad de los procesos básicos de los ciclos.

Esto suele pasar inadvertido, porque se habla de clima y la gente cree que el clima es sólo un determinado tipo de humedad en el aire, unas precipitaciones, o unas temperaturas. No. El clima es el árbitro de la vida tal y como está organizada en este planeta. El clima es el que permite jugar a los que están vivos y cuando el clima se trastoca no sólo se trastoca un determinado tipo de guarismo en los termómetros, es que se trastocan cosas que los que vivimos con cierta frecuencia en el campo estamos presenciando.

El otro día lo tuve que contar en un programa de radio, y les hablo así, en primera persona, porque creo que es la única forma honesta de comunicarse seriamente. Porque mire usted, esto es lo que he visto con mis ojos, lo he paladeado, lo he sentido, me ha producido este determinado tipo de reacción. Yo el día uno de noviembre me encontré en mi propio terruño con un membrillero florecido. El árbol de los membrillos, de los zambós. No sé si aquí en Canarias se usa el término zambó, que es una preciosidad. Es muy iberoamericano y muy clásico castellano. No es la primera vez. Me

he encontrado ya con varias docenas de árboles florecidos, en otra estación que no era la primavera. Cuando eran árboles que florecían en primavera. Hay muchas plantas que florecen en otoño o en invierno. Pero cuando de pronto te encuentras con un membrillero lleno de flores, el que de verdad tiene una mínima forma de saber como funciona la naturaleza, dice: ¡madre de dios, la que se nos está viniendo encima!, porque esto está totalmente fuera de lugar. Esto es algo así como encontrarse una serpiente venenosa en el lavabo de tu casa. Las flores en un árbol el día uno de noviembre, cuando esos árboles florecen a finales de marzo en la península, nos quieren decir que estamos trastocando las temperaturas, estamos trastocando los ciclos, estamos trastocando las formas de comportamiento, la sabiduría de la vida para que siga habiendo vida. Ese es el verdadero problema del cambio climático, lo demás es casi una anécdota, es una risa. Y cuidado que conlleva problemas el que haga más calor. El que sean más frecuentes las precipitaciones de tipo tropical como sucede ahora. Cuando llueve, llueve mucho y luego pasa mucho tiempo sin llover.

Al cambio climático, y esto ya es incuestionable desde un punto de vista científico, lo que más ha contribuido es el transporte, y dentro del transporte de una forma muy destacada el transporte aéreo. Resulta que el setenta por ciento de los turistas que vienen a España lo hacen en avión. Cada uno de los turistas que vienen desde Europa, que es de donde vienen la mayoría (ingleses, alemanes y holandeses son los principales clientes), produce contaminación en CO₂, que para que la naturaleza la controle necesitamos 3000 m² de bosque. El cálculo yo lo he hecho por ustedes. Evidentemente, sólo el turismo que viene en avión necesita el doble de los bosques de España para fijar el carbono que han producido sus desplazamientos. El doble de las hectáreas de bosque que hay en la totalidad de España.

Este es uno solo de los impactos que produce el turismo, y la lista sería casi interminable. En las listas más austeras señalan entre 200 y 300 impactos serios al medio ambiente. Todo lo que tiene que ver con el urbanismo, con los transportes terrestres, con el saneamiento y la depuración. Cientos de cosas. Yo sólo les he contado una porque está de moda, porque es la que está influyendo directamente en el cambio climático.

A partir de estas consideraciones parece oportuno ir a las cuestiones de fondo, a las que normalmente se les presta mucha menos atención. Pero curiosamente, unas son inductoras de otras. En realidad, las elecciones en esta vida vienen dadas por estereotipos asumidos absolutamente a ciegas. Basta con analizar la tenacidad, talento y precisión que ha tenido la publicidad comercial para conseguir determinadas formas de conducta en los seres humanos. Y también, todo lo que tiene que ver con un modelo de relaciones y de valoraciones de las cosas en las que estamos implicados.

Lo primero que me parece tremendo es que el turismo haya elegido, o que los que han conseguido controlar el mundo del turismo, hayan optado por la vía de las grandes dosis. Siempre a más, cuanto más mejor. Masificación, multiplicación de la oferta. Siempre multiplicación de la oferta, casi desmedidamente por encima de elementales demandas.

Me viene a la cabeza, una genialidad escrita por María Zambrano, la mente filosófica más preclara que ha tenido nuestro país en un cuerpo de mujer. Zambrano dice que todo extremismo consigue negar lo que quería afirmar. Es decir, si el turismo era una cosa para tener un determinado tipo de relaciones, de descanso, de encuentros, en el momento en que se masifica, lo que se produce es una pérdida de la intención, de los objetivos. Eso pasa absolutamente con todo lo que ustedes quieran imaginarse, con todo lo que quieran plantearse en su propia mente.

El urbanismo llevado a sus últimas consecuencias. El drama permanente que ahora está en boca de todos. A mí me toca vivir un veinte por ciento de mis días en Madrid. Ahora mismo todo el mundo está con la misma cantinela. Ah, ¡pero si es que aquí no se puede dar un paso! Claro, es que no nos hemos dado cuenta de que Madrid tiene un millón más de personas en sólo cinco años. ¡Un millón de personas más en cinco años! La masificación es eso. Toda muchedumbre vacía lo que ha llenado ella misma. Es el principio de Arquímedes, es una ley de la física. Una muchedumbre desplaza realidades tan grandes como las que ocupan esas muchedumbres en sus necesidades, apetencias y sus formas de estar y de gastar. Es un caso de matemática pura. Vacías lo que estaba lleno de otras cosas porque lo llenan con ellos mismos. Y esa es una situación que realmente debería llamar a muchas reflexiones y entraremos sobre eso al final. Una de las cosas que más desplazadas nos quedan son, evidentemente, las condiciones de partida.

Ahí es donde interviene un aspecto que tiene unos perfiles muy claramente ecológicos. Pero como tenemos tan mala memoria, como realmente, a pesar de que somos los únicos seres vivos con una gran memoria, tenemos también el cinismo de asumir una de las peores memorias. Hoy, he visto el magnífico libro en homenaje a Telesforo Bravo. Por cierto, no me puedo olvidar de la sintonía sentimental, porque realmente Telesforo es casi como un padre para cualquier naturalista de este país. Un padre que ha transmitido muchas buenas sensaciones e informaciones y un buen estilo de mirar y entender el paisaje. Las fotos que hay dentro de este libro son especialmente claras. Martíáñez era otra cosa. Y claro, ya no nos da la gana de acordarnos. Es una renuncia a una de las capacidades intelectuales más importantes para la construcción de la condición humana. Recordar y recordar para que sirven las cosas no estaría de más.

Así, las condiciones de partida, que son las que han permitido precisamente el despliegue, el desarrollo y demás, han sido borradas

literalmente, en esta ocasión del territorio, no del mapa. Por cierto, hay que ver que mal se usa esa expresión: lo han borrado del mapa. Del mapa puede borrar usted lo que quiera, lo grave es borrarlo del territorio. Pero como nos pasamos la vida confundiendo el mapa con el territorio, este es otro de los problemas con el que nos enfrentamos. La mitad de las cosas que pasan es porque confundimos el mapa con el territorio, como decía Antonin Artaud. Que por cierto, fue el que lo dijo en primera ocasión y no los ochocientos que después se lo han atribuido.

Las condiciones de partida con relación a la actividad turística sitúan al litoral del Mediterráneo español como el ecosistema, porcentualmente hablando, más alterado del planeta. Lo de ecosistema lo utilizo con bastantes reparos porque realmente no es un ecosistema, pero bueno, coloquialmente nos sirve. El turismo se ha llevado por delante el 75 % de lo que eran las condiciones de partida. Aquí podemos hacer intervenir a una ley de la ecología, y es que uno puede usar el territorio hasta un determinado punto y cuando llega el punto de la colmatación se ha terminado.

Nuestra sociedad ha elegido crecer y crecer, crecer y crecer. No sé si recuerdan que en este país nuestro hay en estos momentos diecisiete municipios que han urbanizado el 100 % de su territorio municipal. Hace sólo quince años, cuando poníamos este tema encima del tapete, no se pueden ustedes imaginar los insultos, las descalificaciones, que se originaron. ¡Estos están locos! ¡Es imposible, jamás llegaremos a urbanizar al 100 %! Ahora Madrid prácticamente está al 95 %, Getafe está al 100 %, Móstoles está al 98%, Fuengirola está al ... Y curiosamente de repente, el milagro estadístico. Hay municipios que consiguen urbanizar el 105 %. Sí. Es verdad, está ahí en los papeles, porque sencillamente urbanizan en el municipio de al lado, comprándolo. No se contempla ninguna posibilidad de limitación. No se respetan las condiciones de partida.

La segunda cuestión de base, de las que realmente son dinamizadoras a mí entender, aunque ya saben ustedes que parece ser que la economía es lo único que tiene interés para mover conciencias, pero bueno algunos seguiremos en la cándida adolescencia por mucho que nos movamos de la delicia al tormento, es que se rompen las más elementales normas de lo que deben ser unos planteamientos de cara al descanso vacacional.

Yo no tengo mejor forma. Le he dado muchas vueltas y creo que la única manera de entender lo que quiero decir con esto, es que precisamente, somos la única especie que podemos calibrar seriamente lo que es el descanso y para eso hemos inventado el sueño. ¿Por qué nos descansa el sueño? Porque durante el sueño hacemos exactamente todo lo contrario de lo que hacemos durante la vigilia. Porque no sólo estás en reposo, sino que pierdes la conciencia, te pones a divagar mundos en las ensoñaciones, sean

las que sean, porque todavía hay mucho que averiguar sobre lo que son. Realmente la faceta reparadora del descanso con sueño y sobre, todo si tiene ensoñación, es realmente el haber hecho algo diametralmente contrario.

Pero claro, cuando alguien sale de Hamburgo, ciudad masificada para meterse en el estereotipo Benidorm que es otra ciudad masificada, evidentemente no está haciendo algo distinto. Entre otras cosas, porque ha pasado por un aeropuerto, el de Hamburgo que es exactamente igual que el de Madrid, el de Madrid es exactamente igual que el de Valencia o el de Alicante. Resulta que ha ido a toda velocidad, no se ha enterado ni de por donde ha pasado, y se ha metido en una urbanización con otros miles y miles de personas. Evidentemente hay un aspecto distinto: que se tumba en la playa, eso sí, pero todo lo demás es igual. Tiene un lavabo que funciona igual, tiene que ir a la compra, tiene que ir al ... Todo eso es idéntico.

Pasa de una rutina a otra rutina, en la que realmente, y esto lo sabemos muy bien resultado de estudios psicológicos, la mayoría de la gente regresa de vacaciones deseando interrumpir las vacaciones. Porque puestos a elegir una rutina, prefieres tu rutina, la que más controlas. Hay un aforismo precioso de Emile Cioran, probablemente el más pesimista de los pensadores en la historia de la humanidad. Decía aquello de que si a la gente le dijeran en medio de las vacaciones que se quedarán ilimitadamente, los suicidios serían incontables. Más seguramente, si la rutina se trata en ese aspecto. A mí me da la impresión de que se juega al juego de la oca. ¿Recuerdan lo de la oca, que llegaba uno a la muerte y tenía que volver? No llegaremos nunca a algo serio si no se plantea de otra forma.

Inmediatamente después de esto, me parece oportuno compartir con ustedes una cosa que tiene también su desgarró emocional porque verdaderamente entronca con las injusticias opacas de nuestra sociedad. Por supuesto, el turismo se basa en considerar que es un servicio. Es economía del sector servicios. Pero a su vez, la mayoría de las personas que vienen son también servidores de alguien, pero curiosamente se produce una suerte de transustanciación de la materia por la cual el que sabe muy bien lo que es ser un trabajador, de repente por unos días pierde en buena medida ese horizonte psicológico, y quiere ser otro. A ese otro, póngales ustedes la palabra que quieran, pero evidentemente quiere ser otro, al que le tienen que prestar un servicio. Además, ese servicio tiene que tener mucha calidad a pesar de las raquíticas cantidades de dinero que se ha gastado. Incluso tiene que tener una suerte de servidumbre, a pesar de que la masificación palia en buena medida esto. Pero como ha pagado por el uso del agua, del territorio, de la energía, que no son los suyos, se produce una desvinculación emocional, se produce una desvinculación más que lógica.

Es decir, el territorio usado para el tiempo de las vacaciones, durante el ejercicio de la condición de turista, es algo que está ahí. Es un servidor más, que además es un servidor despreciable al que se le da una

miserable propina. Porque en el fondo viene a ser una miserable propina. Pasa por ahí como pasaba el papa Borgia por los salones de Peñíscola. ¡Soy el rey del mambo, del mundo y del tacatá! Y esto espero que no me lo entiendan ustedes como una banalización, ni como tremendismo. Sólo hay que sentarse delante de una terraza para verlo.

Aunque con muchas excepciones, esto subyace fundamentalmente porque va acompañado de muchísimas dosis de una exigencia desmedida de comodidades, de servicios, que a su vez son impactos ambientales en cadena. Cada vez que damos más comodidad a alguien, algo de la naturaleza se tiene que ir por el sumidero de la historia. Pero como también es muy fugaz el uso del territorio, este es otro de los dramas, porque el turismo acorta sus plazos de estancia, con lo cual se refuerza la idea de transitoriedad absoluta y desapego total con relación al asunto. Probablemente uno de los aspectos que más reivindicamos los defensores del entorno es la implicación en la vivencia, en la convivencia con el paisaje. El implicarnos. Realmente, el placer de viajar está entre otras cosas, no sólo en contemplar panoramas, en deleitarse con la observación, sino por supuesto en sentarse con la gente de los bares, en que te cuenten un poco su vida, su historia. Es el imbricarse, el integrarse. Pero esa es la gran mentira de que turismo ha integrado cosas. El turismo ha desplazado, ha destrozado, ha excluido, ha anulado. A ese turismo es al que nos estamos refiriendo aquí.

En fin, como anticipo a las palabras con las que yo quiero terminar que por supuesto espero conseguir que sean positivas, constructivas, de animar a seguir otro camino, de rectificar, de aclarar, de apostar por una situación de mejor, es necesario añadir algo sobre el urbanismo. Es que lo más grave que sucede, y lo es a escala exclusivamente española. Todo lo que tiene que ver con el urbanismo, no es ya un problema ambiental. Y no sólo es lo de que en este país el observatorio de la sostenibilidad ha demostrado con foto área. Se ha construido el 50 % más de viviendas de las que había construidas en los últimos 4000 años. No es ya la historia que está todos los días en los medios de comunicación. Desde hace muy poco, y aquí en Canarias creo que tienen una de esas gordas, es el permanente problema judicial. Encarcelamientos, gente que se corrompe, gente que aflora. Bueno que una municipalidad entera vaya a la cárcel, como en el caso que todos saben de Marbella. Y ojo, parece estamos empezando.

Podríamos encontrarnos con varios cientos de situaciones parecidas en nuestro país. A lo mejor tendríamos que construir una docena de cárceles sólo para concejales, con lo cual tendríamos otro impacto ambiental de primera. Porque cada cárcel es menos territorio, son menos árboles. Aparte de que la justicia es carísima. Han pensado alguna vez en lo tremendamente injusto que es ser bueno. Los buenos no costamos un duro. No le costamos un duro al estado, y en cambio, eres un criminal, y te tienen que dar de

comer treinta años en una cárcel, que tenemos que pagar entre todos. Es bastante raro este mundo nuestro.

Aparte de eso, están estudiando seriamente en el congreso un nuevo artículo de la constitución para declarar al golf obligatorio para todos los españoles. Tened en cuenta que o debemos jugar todos al golf porque está en la constitución, y eso es lo que hay que hacer, o verdaderamente no tiene ningún sentido que vayamos a tener aparentemente mil seiscientos campos de golf en nuestro país. Ya hay trescientos, pero están planificados otros mil trescientos. Ya hay tres millones y medio de viviendas vacías, pero están planificadas otros seis millones de viviendas más. ¿Qué sucede cuando estos son los temas que tenemos encima de la mesa? Pues, a mí me parecen bastante más graves que el impacto ambiental. Es bastante más grave que una situación de desorden. Es bastante más grave que una forma de corromperse o de corromperse los que menos deberían corromperse. Es que se tambalea el estado de derecho.

Pero todavía hay una cosa más grave, y yo no me bajo de esa consideración. Cuando una casa se construye para no ser habitada, se le pierde el más elemental respeto a la condición humana. Se le pierde el respeto porque ya no tiene sentido lo que se está haciendo. Para una casa para ser vivida, bendiciones todas, pero cuando se construye para convertirla en un valor de cambio, en una cuestión especuladora, en una forma de violentar lo que supone la vida, lo que supone el paisaje, lo que supone la propia economía, es que se pierde el sentido de las más elementales formas. El impacto no es a las playas, a las costas de Canarias o de cualquier otro archipiélago, lo que se impacta es en la línea de flotación del ser humano, a sí mismo. Es un disparate, y de verdad que lo digo como lo siento. No me cabe en la cabeza que vayamos a tener millones de casas vacías porque determinadas personas le quieran dar un valor que no es el del uso.

Se podría explorar mucho en esa dirección. Precisamente lo que propone el pensamiento ecológico, que no es ningún talismán ni varita mágica, es una cosa que está también en la adolescencia. El pensamiento ecológico es una forma de mirada ingenua, transparente, adolescente, sobre el mundo, para que entre otras cosas recuperemos la ilusión por estar en él, por vivir, por relacionarnos. Por recuperar la ilusión con las transparencias, con las levedades, con los colores, con los flujos, con la vida, con la posibilidad de descubrir que es esto de estar vivos.

En ese sentido hay toda una parafernalia, incluso inabarcable de propuestas. Sobre todo quiero que les quede el convencimiento de que las cosas se pueden, y no es tan difícil pero sí bastante urgente, hacer de otra forma. Las cosas se pueden hacer bien, mal o regular. Estoy convencido de que se están haciendo muy mal. Incluso lo muestran los indicadores que ya aceptan casi todos los jefes de gobierno. Se trata realmente de funcionar de

otra forma muy, muy diferente. Entre las múltiples propuestas, por supuesto, la contemplación de los límites. Pero, ¿qué es la contemplación de los límites, eso que le da tanto horror sobre todo a los economistas? La contemplación de los límites, es saber cual es realmente tu capacidad, cuáles son tus posibilidades. La contemplación de los límites es el principio de la convivencia. La contemplación de los límites es lo que otorga libertad al ser humano. No hay nadie más esclavo que el que no sabe hacia donde va, ni sabe con quien va, ni sabe como va. Ni sabe en absoluto las consecuencias de lo que está haciendo. Eso si que es un esclavo. Y es un hombre libre el que respeta los límites del que tiene al lado y el que sabe que no puede romperlo todo porque su aparente libertad individual le otorga no se que privilegio de avasallamiento, apropiación y mutilación permanente de todo lo que le rodea. Eso es la contemplación de los límites. La contemplación de los límites libera. La contemplación de los límites en cualquier proceso económico no lo mengua, lo asegura. La sostenibilidad en el mundo de las relaciones, sobre todo económicas, es asegurar el futuro, no es limitarlo. Y se asegura el futuro dando oportunidades a que el futuro llegue. Dando oportunidades para que las cosas sigan fluyendo, dando oportunidades a que el territorio siga teniendo la principal vocación de este mundo, que se nos quiere hacer olvidar.

Yo ando ahora en una campaña, fíjense ustedes ni más ni menos que para cambiarle el nombre al planeta. Pero, ¿por qué le quiero le cambiar el nombre al planeta? Dirán que éste está ya en el colmo del extravío, pero yo le quiero cambiar el nombre al planeta, entre otras cosas para que podamos empezar a ser coherentes con lo que es este planeta. Porque mientras a este planeta le llamemos Tierra, nos dará siempre la sensación de que es un soporte, no algo dinámico, vivaz, vivificante, fundamentalmente hospitalario para la vida. Este planeta se tenía que llamar planeta Vida, no planeta Tierra. Ya saben que se ha dicho innumerables veces que se tendría que haber llamado planeta Agua porque hay muchísima más agua que tierra. Pero lo verdaderamente exclusivo, lo que no tiene ningún otro que sepamos, es vida. Por eso realmente es por lo que la vivacidad es el principal producto de la hospitalidad de este planeta.

Curiosamente el turismo muchas veces se esgrime como una consecuencia de la hospitalidad. Pero hay que transformar eso para que sea hospitalidad para todo lo demás. Para el proceso, para el ciclo, para la dinámica, para los seres vivientes, para los paisajes completos. No para el visitante que penetra en el paisaje y no sabe lo que ha destruido, ni se para a mirar su alrededor. Pero las puertas tienen que estar abiertas, y no digamos las del campo, para recordar el viejo refrán de este país.

Me gusta poner ejemplos de lo que uno ha visto en la naturaleza funcionar. Siempre he dicho que el turismo es el cuco. Es el que llega a un sitio, deja a los inquilinos fuera y se queda él. En cambio el turismo

sostenible es el que recibe, porque la hospitalidad, por supuesto, es dar lo que tienes. Incluso en Extremadura tenemos una palabra preciosa que es todavía sagrada para los pastores como yo. Me siento especialmente orgulloso de ser pastor de cabras. Vamos a *atalantar*. Atalantar es, generalmente, abrir tu casa y dar lo que tienes en ella. No tiene ningún mérito, es una costumbre ancestral que te sale naturalmente. Como dar los buenos días. Esto se da, se comparte. Pero claro, el que viene se va agradeciendo, y es la conducta que podemos contemplar en la naturaleza. La complementariedad que tienen los procesos en la naturaleza, las asistencias mutuas, las alianzas. Las hay de todo tipo y todo el que ha cultivado la tierra lo sabe. Sabe que hay miles de estrategias de acompañamiento, de simbiosis. Simplemente la fertilidad de la tierra es el gran escenario de las alianzas. Hay alianzas entre hongos y algas, entre hongos y raíces de plantas, hay micorrizas, hay nódulos bacterianos. Micorrizas y bacterias ayudan a la planta, algo que cualquier botánico sabe perfectamente. Ese es el modelo. Frente al modelo del cuco, el modelo de la fertilidad natural. El que haya intercambio, el que haya diálogo, el que haya posibilidades de encuentro.

No deberíamos descartar en absoluto de estos planteamientos *el hasta aquí hemos llegado*. No crean que es ningún drama. El hasta aquí hemos llegado es el principio de la recuperación de la salud en cualquiera de los aspectos que nos podamos imaginar. A todos nos llega la hora de que nos diga el médico hasta ahí ha llegado, y nos parece normal. Lo hicimos con las centrales nucleares y no crean ustedes que hicimos ninguna tontería. Hasta aquí hemos llegado. Una moratoria, y ahora vamos a hacerlo mejor. ¿Alguien se ha quedado sin electricidad porque se dejaron de construir siete centrales nucleares? Hemos funcionando. Pues lo mismo pasa con el turismo. El turismo se puede hacer de otra forma. Se puede desacelerar, se puede desmasificar, se puede buscar la ruptura de esa codicia tacaña de los que vienen, se puede interactuar con ellos, se puede crecer hacia dentro en vez de seguir ocupando el territorio, se pueden mejorar muchísimo las instalaciones, se pueden recuperar los diálogos, las reciprocidades. En fin, en el ideario en que nos movemos, fundamentalmente también, devolverle el sentido a las palabras y a los verdaderos valores de la convivencia y de la vida en este planeta.

Aunque parezca mentira, cuando la adolescencia no está nublada por los tormentos de la madurez, casi nadie confunde el crecimiento con el desarrollo, el desarrollo con la riqueza, la riqueza con el bienestar, y el bienestar con la buena vida, porque la buena vida es que la vida continúe.